

PASTOR DIAZ

(DON NICOMEDES).

Nació en la villa de Vivero (Galicia) el 15 de setiembre de 1811. Hizo sus primeros estudios en el seminario de Mondoñedo, y estudió jurisprudencia en la universidad de Santiago hasta recibir el grado de bachiller. Cerradas las universidades el año de 30, y convencido de que no volverían á abrirse bajo el régimen de Calomarde, sus padres le permitieron ir á continuar sus estudios y perfeccionar su educacion á Madrid. Abiertas las escuelas por la reina Cristina en 1832, concluyó en Alcalá de Henares sus estudios y se recibió en la corte de abogado.

Hizo versos desde la infancia. El año de 1820, antes de cumplir nueve años saludó en coplas de niño el restablecimiento de la constitucion; el año de 1823, lloró su caída en una elegía cuya lectura es ya tolerable y el de 1833, habia escrito casi todas las composiciones que de él existen. A su llegada á Madrid, el ilustre poeta don Manuel José Quintana le dispensó la mas favorable acogida, haciéndole conocer de los principales literatos, y desde luego se unió á la juventud que entonces cultivaba la poesía.

Pero la variacion política que tuvo principio con la muerte del último rey le lanzó á otro campo, y la necesidad de procurarse una posicion social le hizo aceptar en las subdelegaciones de fomento un destino que debió á la amistad del señor general Latre. Dedicado desde entonces á los negocios públicos, y á tareas de administracion fué sucesivamente oficial del gobierno político de Cáceres, secretario del de Santander, oficial del ministerio de la gobernacion en 1836, jefe político de la provincia de Segovia en 1837, y en 1839, jefe político de Cáceres.

Sus tareas como hombre público y la asiduidad con que se consagró al desempeño de sus nuevas obligaciones le impidieron consagrarse al cultivo de la poesía. Son muy pocas las producciones de este autor, y todas del género elegiaco. La *Abéja* publicó por primera vez en 1835, su *Mariposa negra*, y en 1836, el *Artista*, su *Oda á la luna*, que son en nuestra concepcion dos de las mas bellas poesías que de muchos años acá se han escrito en España.

Después se publicaron otras en algunos periódicos, como igualmente algunos artículos literarios. Suyo es tambien el escelente prólogo de las poesías de don José Zorrilla..... Ultimamente está en prensa ó acaso ya publicado un tomo que contiene sus principales producciones.

I.

LA SIRENA DEL NORTE.

Un tiempo fué que la falaz Sirena
Del mar de medio-día
Entre las rocas de la costa helena
Las naves en el piélago sumia.
Que ya entonces el hado le enseñaba
Al hombre sin ventura
Que tambien el placer la muerte daba,
Que tambien es un monstruo la hermosura.
Ya el Egéo tan pérfidos cantares
No escucha, ni el Euxino.
Cuando la muerte corre aquellos mares,
Truena como el cañon de Navarino.

Mas felices del Norte las regiones
Aun tienen su cantora;
Que no siempre de crudos aquilones
Domina allí la furia bramadora.
De aquel mar la Sirena melodiosa
Es nuncio de consuelo.
Cuando ella canta, el pescador reposa,
Las nubes huyen, y se calma el ciclo.

Vésela entonces parecer ligera
Cual niebla de verano,
O en los bosques vagar de la ribera,
O surcando la espuma de Occéano.
Luce á veces cual raudo meteoro
Sobre el obscuro monte:
Otras cayendo el sol, cual nube de oro
Asoma sobre el líquido horizonte.

Ora se asienta en el escollo alzado
Que el huracán azota,
Ora sobre un bajel abandonado
A la merced de las tormentas flota.

Busca la vista alguna vez en vano
Do resuena su acento,
Otras tambien la voz del Occéano
Su voz asorda, ó se la lleva el viento.

Yo la ví un tiempo en mi natal ribera
De la noche á deshora
Tender fulgente en la azulada esfera
Ráfaga hermosa de boreal aurora.

De allí sus alas cándida agitaba
Cual cisne en su laguna,

Y en el harpa de nácar que pulsaba
 Vibrar me pareció rayos de luna.
 Lejano empero á mi sentir huia
 Su remontado acento.
 Tal vez allá lograban su armonía
 Los globos percibir del firmamento!...
 Y tendió al fin su pavonado manto
 La noche del destino
 Que me fué dado el escuchar su canto,
 Y su concierto comprender divino.
 Pasado habia el áspero bramido
 De equinocial tormenta :
 Era ya el tiempo en que el flotante nido
 Sobre las ondas el alción sustenta.
 La atmósfera brillaba trasparente
 Melancólica y pura,
 Cual siempre brilla en la estacion doliente
 En que su tierno adios dice natura.
 Chispas brotaba de argentada lumbre
 Fosfórica la playa,
 Y allá se via en la enriscada cumbre
 La hoguera relucir de la atalaya.
 Sobre la mar las barcas vagarosas
 Del pescador se mecen,
 Que ora cruzan cual sombras silenciosas,
 Ora con mil antorchas resplandecen.
 Y el fruto de su afan de cuando en cuando
 Cual ufano guerrero,
 Sobre el marino caracol soplando
 A las playas anuncia el marinero.
 Al pie solloza de la vieja ermita
 El buho sus congojas :
 La ráfaga de Otoño al bosque agita
 Y arrancadas volar se oyen las hojas...
 Entonces fué cuando elevó su acento
 La escondida Sirena.
 Yo no la ví; no revoló en el viento,
 No apareció en las ondas ni en la arena.
 Allí sonó do escombran la ribera
 Religiosas ruinas.
 Allí rústico templo un dia fuera,
 Allí oró el pueblo fiel de las marinas.
 Minó la mar sus frágiles cimientos
 Al altar de la aldea;
 Las ondas derribáronle y los vientos,
 Y cubrirále en breve la marea.
 Allí se oyó su voz; allí el sonido

De su harpa soberana
 Dulce cual melancólico gemido
 Solemne como el son de la campana.
 Eran solo infelices pescadores
 Los que su canto oian :
 Del puerto los tranquilos moradores
 Del primer sueño en la quietud yacian.
 Y en tanto yo, cabe una cruz sentado
 Absorto y vigilante,
 En vez oí de oráculo inspirado,
 Que así cantó sencilla al navegante.

« Incierto surcador del Occéano
 Que ante su yerma inmensidad perdido
 Buscas el rumbo al término lejano
 Del hemisferio antípoda escondido :
 Sigue, sigue atrevido
 Tu audaz seguro vuelo
 Y allá en los altos mares te abalanza ;
 Su inmensa soledad es tu esperanza ;
 Tu guia está en el cielo.

» Un tiempo fué que el misero marino
 Senda en esos desiertos no tuviera,
 Y en la noche del mar fué su camino
 La cercana estension de la ribera.
 Indefensa y ligera
 Jamas la débil quilla
 De los rudos escollos se alejaba
 Y el primer soplo de aquilon sembraba
 De fragmentos la orilla.

» Mil Caribdis entonces abisimosas
 De monstruos y terror el mar sembraron,
 Y las columnas de Hércules famosas
 Las puertas del Occéano cerraron.
 En vano se lanzaron
 Aquellos hombres fieros
 A recorrer del orbe los caminos,
 Que la tierra en sus ámbitos mezquinos
 Los cerró prisioneros.

» La tradicion guardó de los mortales
 Fama de un universo allá escondido,
 Y al recordarle el hombre en sus anales
 Tristemente escribió « ¡ mundo perdido ! »
 Mas breve fué que henchido
 De ignorancia altanera

Llamar osó quiméricas visiones
A las vastas incógnitas regiones
Do llegar no pudiera.

» Y al fin brilló la noche de ventura
En que en la erguida popa reclinado
El nauta audaz interrogó á natura
Sobre el rumbo á los hombres ignorado.

« No, no, » clamó inspirado,
« Su inmensurable via

» No en tan estrechos límites se encierra :
» No brillará jamas desde la tierra
» El fanal de mi guia.

» De ese desierto inmenso los destinos
» Solo otra eterna inmensidad iguala.
» De ese Ponto ignorado los caminos
» Solo el celeste Occéano señala.

» Su bóveda es mi escala,
» Allí tiene mi vuelo

» Marcadas ya sus rutilantes huellas;
» Yo surcaré la esfera y las estrellas...
» Mi camino es el cielo. »

» Mas ¡ ay! que alguna vez negros crespones
Ante su inmóvil faro se tendieron
Y entre olas de aplomados nubarrones
Tambien los astros náufragos se hundieron
¿ Do entonces se acogieron
Las pavoridas naos?

¿ Quién rasgó de natura el manto denso?
¿ Qué antorcha pudo iluminar lo inmenso
De aquel profundo caos?

» ¿ Quién sino un Dios entre un oculto cielo
Mediador pudo ser y un Oceano?

¿ A descórrer su impenetrable velo
Cómo llegara de un mortal la mano?

Preciso fué un arcano,
Pudo en la tierra solo

Un misterio recóndito, profundo,
Marcar el cielo, y revelar al mundo
La brújula y el polo.

» ¿ Do vas? ¿ do vas huyendo la ribera?
La ignorancia gritó ¿ por qué ese cielo,
Por qué ese norte buscas do te espera
La eterna noche y el eterno hielo?

Y á su imbécil recelo
Impávido el marino
Mostrando alegre el polo refulgente
« He allí, » clamó, « en la bóveda esplendente
» Una estrella, un destino.

» He allí brillar la inmóvil atalaya
» De donde vela Dios sobre mi suerte
» Mientras ruje estrellándose en la playa
» Sinistra espuma de naufragio y muerte...

» Sús. » — Y á su voz mas fuerte
Que el piélagó iracundo
El ondulante pabellon alzóse,
Y al fin siervo el Oceano postróse
Ante el señor del mundo.

» Viéronle allá las tierras de Occidente,
Y mas allá le vieron nuevos mares,
Y mas allá volver por el Oriente
Le vieron con asombro en sus hogares.

De tormentos y hazares
Triunfador en su vuelo
Sin fanales, sin ruta, sin ribera,
Do le plugo llegar, llegó do quiera
Guiado por el cielo...

» Deja, deja los riscos espumosos
Marinero á los fieros huracanes,
Ni esos faros te guien engañosos,
Tal vez incendios y tal vez volcanes.

La luz de tus afanes
No alumbrá en este suelo,
Y allá la busca en mares sin orilla,
Do encendida por Dios eterná brilla
La inmóvil luz del cielo.

» Y tú, infeliz habitador del mundo,
Que en procelosa vida navegante
Tambien ignoras de ese mar profundo
El misterioso término distante.....

.....
.....
.....

Súbita en esto ráfaga del monte
Sopló sobre los mares,
Y arrebató perdido al horizonte
El postrimero son de sus cantares.

No mas oí de la gentil Sirena
El concierto divino,
Sino el tumbo del mar sobre la arena
Y el bronco son del caracol marino.

II.

A LA LUNA.

Desde el primer latido de mi pecho
Condenado al amor y á la tristeza
Ni un eco en mi gemir, ni á la belleza
Un suspiro alcancé.

Halló por fin mi fúnebre despecho
Inmenso objeto á mi ilusion amante,
Y de la luna el célico semblante
Y el triste mar amé.

El mar quedóse allá por su ribera;
Sus olas no treparon las montañas;
Nunga llega á estas margenes estrañas
Su solemne mugir.

Tu empero que mi amor sigues doquiera
Candida luna en tu apacible vuelo,
Tu eres la misma que miré en el cielo
De mi patria lucir.

Tu sola mi beldad, sola mi amante,
Unica antorcha que mis pasos guia,
Tu sola enciendes en un alma fria,
Una sombra de amor.

Solo el blando lucir de tu semblante
Mis ya cansados párpados resisten,
Solo tus formas inconstantes visten
Bello, grato color.

Ora cubra cargada, rubicunda,
Nube de fuego tu ardorosa frente,
Ora cándida, pura, refulgente
Deslumbre tu brillar,

Ora sumida en palidez profunda
Mírete el cielo desmayada y yerta
Como el semblante de una virgen muérta
¡Ay!... que yo ví espirar.

La he visto ¡Ay Dios!... al sueño en que reposa
Yo le cerré los anublados ojos:
Yo tendí sus angélicos despojos

Sobre el negro ataud.
Yo solo oré sobre la yerta losa
Donde no corre ya lágrima alguna:
Báñala al menos tú, palida luna,
Báñala con tu luz.

Sí, lo harás, que á los tristes acompañas,
Y al pensador y al infeliz visitas;
Con la inocencia y con la muerte habitas;
El mundo huye de tí.
Antorcha de alegría en las cabañas,
Lámpara solitaria en las ruinas,
El salon del magnate no iluminas,
Pero su tumba sí...

Cargado á veces de aplomadas nubes
Amaga el cielo con tormenta obscura,
Mas rie al horizonte tu hermosura,
Y huyó la tempestad.

Y allá del trono do esplendente subes
Rijes el curso al férvido Occéano.
Cual pecho amante que al mirar lejano
Hierva de su beldad.

Mas ¡ay! que en vano en tu esplendor encantas;
Ese hechizo falaz no es de alegría,
Y huyen tu luz y triste compañía
Los astros con temor.

Sola por el vacío te adelantas,
Y en vano en derredor tus rayos tiendes,
Que solo al mundo en tu dolor descienes
Cual sube á tí mi amor.

Y en esta tierra de afliccion guarida
¿Quién goza en tu fulgor blandos placeres?
Del nocturno reposo de los seres
No turbas la quietud.
No cantarán las aves tu venida
Ni abren su cáliz las dormidas flores;
Solo un ser de desvelos y dolores
Ama tu yerta luz.

Sí, tú mi amor, mi admiracion, mi encanto,
La noche anhelo por vivir contigo,
Y hácia el Ocaso lentamente sigo
Tu curso al fin veloz.
Párase á veces á escuchar mi llanto,
Y descende en tus rayos amoroso

Un espíritu vago, misterioso
Que responde á mi voz...

¡Ay!... Calló ya : mi celestial querida
Sufrió también mi inexorable suerte.
Era un sueño de amor : desvanecerte
Pudo una realidad.

Es cieno ya la esqueletada vida,
No hay ilusión, ni encanto, ni hermosura :
La muerte reina ya sobre natura
Y le llaman..... *verdad*.

¡Qué feliz, qué encantado, si ignorante,
El hombre de otros tiempos viviera,
Cuando en el mundo, de los dioses via
Doquiera la mansion!

Cada eco fuera un suspirar amante,
Una inmortal belleza cada fuente,
Cada pastor, oh Luna, en sueño ardiente
Ser pudo un Endimion...

Ahora trocada en un *planeta obscuro*
Girando en los abismos del vacío
Do fuerza oculta y ciega en su extravío
Cual piedra te arrojó.

Es luz de agena luz tu brillo puro,
Es ilusión tu mágica influencia,
Y mi celeste amor ciega demencia
¡Ay!... que se dispó.

Astro de paz, belleza de consuelo,
Antorcha celestial de los amores,
Lámpara sepulcral de los dolores
Tierna y casta deidad.

¡Qué eres de hoy mas sobre ese helado cielo?
Un peñasco que rueda en el olvido,
O el cádaver de un sol que endurecido
Yace en la eternidad.

III.

UNA VOZ.

Yo conozco esa voz : á su sonido
Todo mi ser se estremeció temblando.
Hela sonar cual bélico alarido
A los cielos mi muerte demandando.

Conozco ya esa voz : un tiempo ufana
La señal dió de paz y de alegría.
Hoy retumba cual fúnebre campana
Que al alta noche anuncia la agonía.

La oyó mi corazón la vez primera,
Y entre aromas y púrpura sonaba.
Fué el céfiro vital de primavera,
Y amor, amor su acento pronunciaba.

Ahora se eleva de una tumba obscura :
Nube la sigue de terror secreto :
Aun pronuncia aquel nombre de ternura,
Pero es quien le pronuncia un esqueleto.

Agigantado, aéreo, luminoso
Véole alzar la vengadora frente :
Lánzame ese gemido doloroso,
Y se hunde entre las sombras de repente.

Doquier que vuelvo mi aterrada planta,
Allí me sigue, inseparable sombra.
A cada paso airada se levanta,
Mi nombre dice y otro ser me nombra.

Oígola entre la espuma del torrente ;
Oígola en el bramar del torbellino,
En el sordo murmullo de la fuente,
En el tronar del piélagos marino.

Ya como aterrador remordimiento
Un sueño torna en convulsion inquieta :
Ya despierto á su estrépito violento
Cual si escuchara la final trompeta.

Ya del placer el desmayado instante
Con bárbara ficcion remedar quiere ;
Ya en resuello profundo, agonizante,
Imita las congojas de quien muere...

De quien murió, ¡ gran Dios!... de quien me llama,
De quien me emplaza á su desierto asilo,
Del ser terrible que mi ser reclama
Que ni en la tumba me miró tranquilo...

Obedécote ya, voz misteriosa :
Héme sumiso á tí como en la vida.
Héme postrado ante la yerta losa.
Ve tu incesante petición cumplida.

A pasar van cual tu vivir amargo
 Los lentos dias que me ha dado el cielo,
 Y será mas profundo un letargo...
 Que mi tumba tambien será de hielo.

De tí quedó un recuerdo de hermosura,
 De tí la sombra que implacable miro :
 De tí esa voz de muerte y de ternura,
 Ese que vaya, universal suspiro.

De mi existencia obscura, solitaria,
 No quedará ni voz, ni sombra leve.
 No habrá en mi losa funeral plegaria
 Nadie que un ¡ ay ! sobre mis restos lleve.

A nadie llamaré, ni quién se asombre
 Habrá en el mundo á mi nocturno acento,
 Ni como el tuyo, mi olvidado nombre
 Eco será jamas de un pensamiento.

PELEGRIN

(DON SANTO LOPEZ).

Este ingenioso escritor conocido en la arena política bajo el nombre de *Abenamar*, nació en Cobeta, pequeña villa del señorío de Molina, en 1º de noviembre 1801.

Concluida la guerra de la independendencia, pasó en 1814 á Madrid, donde hizo sus estudios. Siguió y concluyó la carrera de leyes en la universidad de Alcalá de Henares, y se recibió de abogado en 1826.

Nombrado asesor general del gobierno de Filipinas, pasó á Manila en 1829, en donde permaneció tres años dirigiendo con sus consejos el gobierno de tan vastas y remotas provincias, habiéndose creado en su tiempo dos pueblos, al uno de los cuales, se le dió el nombre de nueva Cobeta. Apesar de serle deudoras las Filipinas de mejoras y beneficios considerables, regresó con licencia á España de *limosna*, á espensas de sus amigos, en 1833. Al año siguiente fué nombrado teniente corregidor de Madrid, y á fines de 1835 ministro de la audiencia de Cáceres, cuya plaza desempeñó y renunció á poco tiempo. Abrazó entonces la carrera de escritor, y fué redactor del primitivo *Español*. Fundó y fué el principal redactor del periódico *el Mundo*, escribiendo despues en *la Verdad*, *el Porvenir*, *el Nosotros*, *el Abenamar* y *el Estudiante*, y últimamente en el *Correo Nacional*.

I.

TOROS. (Y novillos.)

Que como hay hombres que se dan á perros
 O por agenos ó por propios yerros,
 Tambien hay hombres que se dan á gatos,
 Por olvidos de principes ingratos.

Esto decia LOPE DE VEGA, y yo que tambien tengo algo de lo de LOPE, pero nada de *Vega*, ni mas que el *imprescriptible* derecho de ver y admirar la fertilidad de algunas cuando paso por ellas, diré con LOPE, y con eso lo dirémos á medias :

Que como hay hombres que se dan á perros
 O por agenos ó por propios yerros,
 Hay ninfas que se dan á los novillos
 Por no tener un cuarto en sus bolsillos.

Tentacionesme estan dando de escribirun poema épico para hacer inmortales las hazañas y los nombres de esas ciudadanas de aparejo redondo, que metidas en cestos, sin mas armas que su *hermosura*,